



Entre Mocos y Babas

por PEPE CHACARILLA

Es evidente que los norteamericanos no nos entienden ni nos entenderán, salvo esas excepciones inteligentes que se llaman Waldo Frank o Carleton Beals. De otra manera uno no se explica que entre Eisenhower y Kennedy, entre un militar septuagenario y un universitario de menos de cuarenta años, la diferencia de criterio con respecto a nuestro continente sea tan insignificante. Cuando ascendió al poder el llamado "Grupo de Harvard" hubo quienes cantaron victoria. Ahora sí, se decían y proclamaban. He aquí un hombre de nuestro tiempo, sensible a las transformaciones de la época, que no dará su bendición a las dictaduras y exigirá para ayudar a los países latinoamericanos que sus gobiernos respondan a la voluntad popular. Sin embargo, ya se vio, muy poco tiempo después de la toma del poder, que el flamante egresado de las aulas de una ilustre universidad yanqui actuaba exactamente como lo habría hecho el anciano general, que el demócrata procedía en la misma forma en que, en idénticas circunstancias, se habría movido el republicano. Una turba de mercenarios, pertrechados por el ejército norteamericano y dirigidos por la CIA, se lanzó contra Cuba, en una aventura digna de esas intervenciones de "marines" que mutilaron México, Nicaragua, Costa Rica, etc. Y luego, el mismo cinismo de antaño, las mismas contradicciones, las mismas amenazas.

La cosa continúa. ¿Quién duda que las "presiones externas" que obligaron a renunciar al Presidente Quadros venían del norte? ¿Quién se atreve a negar que el émbolo estuvo —y está— manejado desde el despacho de la Casa Blanca? Nadie, ni siquiera los obsesivos de esa prensa escrita en español pero concebida en inglés que sirve a los intereses económicos de Wall Street. El golpe de Brasilia, ¿en qué se diferencia de los que hace diez o quince años llevaron al poder a Batista, Rojas Pinilla, Pérez Jiménez, Odría, etc.? El Departamento de Estado con sus secretarías y subsecretarías, con su FBI y su CIA, con sus consejeros, expertos, técnicos, agentes y otra laya de funcionarios peritos en política latinoamericana, ¿acaso ha dicho algo por la constitucionalidad brasileña, contra el atropello cometido por la reacción, sobre el virus dictatorial que asoma en el Palacio de la Alborada? Más bien, una sonrisita de placer, ese gesto de sibilina expectativa que anuncia el próximo reconocimiento del inminente dictadorzuelo con entorchados, policía represiva, cámara genuflexa y "buena vecindad" con la embajada de las estrellas y las franjas.

¿Por qué esto? Por miedo, siempre por miedo. Los norteamericanos, llámense Eisenhower o Kennedy, le tienen terror a los movimientos populares latinoamericanos, odian cualquier ademán de independencia de los gobiernos que de aquellos emanan, corren a segar en flor todo intento de ser libres de las naciones de más acá del Río Grande. Prefieren los trujillos y somozas, esos monos de circo que, a la postre, acaban con un plomo entre pecho y espalda. Eisenhower —y antes Trumann, el corbatero; y antes Hoover, el iracundo, y antes los que estuvieron antes— trató con aquellos gerentes del horror. Kennedy prefiere, es evidente, la misma clase de administrador, pero más indigno todavía. Los documentos que el "Che" Guevara exhibió en Punta del Este prueban que los "cabeza de huevo" que conforman el equipo de la Casa Blanca ya han elegido sus dictadorcillos de mañana. La diferencia con los tradicionales es que éstos llevan traje de civil, pipa en la boca como Betancourt, pipa en el abdomen como Haya de la Torre, y una foja de servicios revolucionarios con la última página en negro traidor. Nada de Quadros, o Goulart, o cualquier otra especie de líder popular. Los yanquis ya escogieron, en la alternativa tradicional: fallaron los mocos, usemos a las babas.

Un chiste pregunta: ¿Cuál es la diferencia entre una vaca rumiando y un político norteamericano? La respuesta es toda una definición. La diferencia estriba en la mirada inteligente de la vaca. Con respecto a América Latina este chascarrillo vale más que cien tomos de historia, sociología y diplomacia de la potencia del norte.